



LAS EXPOSICIONES

I

Reflexiones generales.—La inauguración.—Influencia del frío y de los días cortos.—La fatiga y calambre de las Exposiciones.—Las catedrales en la picota.—Anticuarios y aficionados.—El Padre Fita y D. Juan Catalina.—Sinfonía del arte.—Portugal.

NADIE lo duda:—las tres Exposiciones de arte moderno, retrospectivo europeo y retrospectivo americano, son, con incalculable superioridad, lo mejor de los festejos dedicados á celebrar el Centenario del descubrimiento de América. Si una nación donde el nivel general de cultura fuese más alto que el nuestro hubiese logrado reunir tanta preciosidad, tan raros y únicos objetos, en cantidad tal, las Exposiciones constituirían el acontecimiento del año, y su recinto sería el punto de cita de la mejor sociedad aristo-

crática y burguesa. Aquí ya casi no se habla de las Exposiciones, y bien poco se habló cuando se abrieron, no obstante los generosos esfuerzos de algunos diarios, que les consagraron números ilustrados en que se describían y reproducían varios objetos, entre los más dignos de llamar la atención. El Centenario ha terminado: extinguióse el ruido de las fiestas: recobraron su curso normal la política y las distracciones: los teatros adquirieron la animación propia de estos meses, y he aquí que las Exposiciones,—con toda su magnífica hermosura,—se quedan solas, casi desiertas, en los palacios donde las confinaron... en los únicos donde cabía tal cúmulo de tesoros.

Hay que tomar siempre en cuenta, para explicarse ciertos fenómenos, las condiciones materiales, esas circunstancias al parecer ínfimas, y, sin embargo, de tan capital trascendencia para el resultado definitivo de una empresa. Las Exposiciones, abiertas en Abril, se verían rebosando gentío á todas horas. No hay cosa que

más abata la admiración que el frío, — el frío *encerrado*, el frío que no entona ni vigoriza, el frío de callejón, de cueva, el frío bajo tejas; — el frío que sentimos en los palacios donde nuestra pobrecita y menesterosa nación no puede instalar ni los bienhechores caloríferos ni las majestuosas chimeneas que hacen tan gratas las visitas á *South Kensington* y al *British*. ¡Ah, el frío! ¿Quién puede admirar con frío? ¿Quién saborea bellezas artísticas mientras se le está congelando la sangre y cuajándosele la medula? ¿Quién se entrega á deleites arqueológicos arrojando el riesgo de una insufrible coriza, cuando no de una pulmonía doble?

El palacio de las Exposiciones históricas, destinado á albergar dentro de poco las Bibliotecas y Museos de la capital, diríase que está ideado por un arquitecto moro ¹, que sólo pensó en dar frescura y sombra, olvidando los rigores del clima de Madrid. Mármoles, mármoles y mármo-

¹ Escrito esto, me dicen que el Palacio, en invierno tan frío, es abrasado en los meses de calor.

les blancos causan á los piés la sensación de caminar sobre costras de nieve, por el desierto del Polo, y á la vista, la misma sensación letal y triste, de una blancura antipática, propia de monumentos funerarios. Diríase que es aquello nicho preparado para el Arte y la Ciencia, en alguna enorme Sacramental. ¡Pobres ojos los míos, prendados del color y de la entonación jugosa y caliente de los viejos monumentos! ¡Qué desamparo el de esa sábana blanca, tan rasa y lisa, tan yerta, tan desgraciada, que me trae el recuerdo de los veladores de los cafés!

A la falta de calor se agrega la falta de luz. Esta no es imputable á ningún arquitecto, como no sea al que llaman los masones *Gran arquitecto del Universo*. La estación en que se abrieron las Exposiciones fué aquélla en que cada hora roba un poco de claridad. Menguan rápidamente los días, y en Madrid, donde apenas hay quien madrugue, encuéntrase la gente echada de la Exposición por las tinieblas, que agravan el frío y quitan el

único goce que podía compensarlo: el de ver.

Si tales inconvenientes se dejan notar en las Exposiciones históricas, mucho más en la de Bellas Artes. Cuanto se dijese de la temperatura que en ésta reina, sería insignificante para expresar el hielito de aquellas salas abiertas, sin alfombras, sin caloríferos, sin puertas ó con ellas abiertas de par en par; de aquel edificio puesto en la cima de una colina, y fustigado por todas las cortantes brisas de la sierra. Necesítase gran afición á la pintura, gran devoción al arte sublime que en lisa tabla ó en terso lienzo presenta todo el bulto y efecto de la escultura, todo el relieve y ambiente de los objetos animados é inanimados, para resolverse á dar una vueltecilla por el páramo del Hipódromo.

Adviértase que las Exposiciones (aparte de lo *inconfortables* que aquí las hacemos), causan siempre malestar positivo en quien las frecuenta y recorre mucho. Dejemos á un lado la molestia de estar tanto rato en pié, única postura en

que pueden verse, y la fatiga, física también, de los ojos, y recordemos la fatiga cerebral, más honda y más funesta para el organismo humano. Tantos estilos y tantas épocas de arte evocan, sin que sea posible evitarlo, el recuerdo de los períodos históricos á que corresponden y de los sucesos y caracteres que señalaron esos períodos. Es un trabajo inconsciente, pero enérgico y violento, de la memoria y de la inteligencia. Lo hace más penoso su complejidad, pues á un mismo tiempo nos abruma memorias de distintas épocas, y sensaciones que se derivan de esas memorias, y vapores de la fantasía, y goces de los sentidos; es decir, que funcionan á la vez, con el mayor grado de intensidad, la imaginación, la memoria y el entendimiento: todas las facultades en tensión, y el cuerpo sometido á la fatiga y á la descomodidad. Es natural que á este gasto de fuerza sucedan el abatimiento y el cansancio. Veréis al que sale de pasar dos horas en una Exposición, lacio y abatido como si le hubiesen

manteado; y hay una contracción nerviosa especial, conocida por *calambre de los Museos*, y que ataca á los que se exceden bebiendo á tragos la espiritual ambrosía de la contemplación artística. ¡Qué débiles somos, y qué mal dispuestos estamos! Resistimos mejor el dolor que el goce, aun cuando el goce sea de índole pura y delicada.

Por lo mismo, y porque las Exposiciones no han de ser únicamente alarde vanidoso de una nación que ostenta ante propios y extraños sus riquezas, sino muy principalmente medio de educar el gusto público y fuente de honesto y útil recreo, debieran, á mi juicio, estar habilitadas para que se las visite con la menor incomodidad posible. Calefacción, abrigo y abundancia de asientos, — en primer lugar; — prórroga del tiempo que han de permanecer abiertas, dilatándolo hasta Mayo, si es posible, — en segundo.

Por esta digresión se comprenderá cuánta importancia atribuyo á las Exposiciones, que á no dudarlo son únicas, en es-

pecial la de arte retrospectivo americano. Nótese una particularidad. Los primeros días, antes y después de la apertura, apenas se hablaba más que de la europea: no había sino frases de admiración para los espléndidos tapices, las bruñidas armaduras, los cuadros de mano maestra, las bandejas de repujada plata y los ornatos que parecen ascuas de oro. Poco á poco, mediante la reflexión, la Exposición *de abajo* ha ido ganando terreno: se reconoce ya su importancia, y creo que acabará por confesarse en alta voz su original hermosura.

La *de arriba* es, ¿cómo negarlo?, un conjunto de tesoros; pero estos tesoros representan, una parte bien mínima de los que podríamos exhibir, sin rebuscar mucho. La verdad de mi afirmación se demuestra sólo con mirar para un escaparate de la misma Exposición; escaparate raro, que en vez de encerrar preciosidades de oro y plata, ó lozas, ó telas, sólo guarda palitroques que sostienen carteles donde se leen los nombres de varias catedrales de

España. Son las que nada enviaron ; son las que cerraron sus salas capitulares y echaron la llave á sus cajoneras para que ni recamados frontales, ni cincelados relicarios, ni cálices góticos, viniesen á tentar la presunta codicia de la incautadora nación. Y confieso que, aun cuando en ocasiones como la presente impone deberes el patriotismo, no me atrevo á censurar á esos Prelados y Cabildos que los tarjetones exponen á la pública vergüenza. En los objetos de arte fundan natural orgullo las catedrales que los poseen, y comprendo que al leer cierto primoroso artículo de Federico Balart, les temblasen las carnes á los señores canónigos, y hasta se produjesen motines en algunos pueblos de España. Quizá las catedrales no están bien organizadas para facilitar al viajero la vista de los objetos de arte. Encuentro, sin embargo, que también el Estado, que dispone de medios para organizar los Museos en interés del arte y la cultura general, falta mil veces á este deber, no sólo exigiendo dinero por lo que debiera

ser gratuito para fomentar la afición, y es gratuito en Francia y en Inglaterra, sino poniendo obstáculos á lo que debiera facilitarse. Un ejemplo : ahí está el Museo del Prado, donde hasta hace poco—y supongo que aún hoy, pero no lo sé—estaban cerradas al público las salas de Goya. ¿Por qué? Lo ignoro : no puede existir razón que justifique el impedir que se vean los cuadros de nuestro pintor más genuino, más simpático, más español. Claro que se entraba en las salas de Goya, con propina ó con influencia... pero... también se entraba así en lo más recóndito, obscurecido y reservado de las catedrales.

Aun faltando tantos elementos, en conjunto es la Exposición *de arriba* deslumbradora. No pienso ofrecer á los lectores del TEATRO CRÍTICO un catálogo de ella, ni siquiera una reseña minuciosa : menos todavía pienso meter la hoz en mies ajena, escribiendo disquisiciones que pretendan ser eruditas. Sólo hablaré de la Exposición como habla un artista impresionado por el color y la línea, la suges-

tión y el encanto de los objetos de arte. El orden cronológico me manda principiar por la Exposición americana; y mi conciencia también me dicta que le corresponde la primacía por todos estilos.

A pesar de lo cual, no es en las salas bajas, sino arriba, donde pululan—desafiando el frío—los anticuarios, los coleccionistas y los aficionados: gente desavenida por su misma comunidad de gustos, y murmuradora por amor á la ciencia, más aún que por amor propio (sépalo la malicia). Los que entramos en las salas llenos de candor, dispuestos á admirar de buena fe, y convencidos de que es oro todo lo que reluce, nos quedamos hechos unos papanatas después de que algún experto nos quita las telarañas de los ojos, y nos dice que un Murillo no es sino un Tobar, ¡y gracias!, y que un bandejón de plata con todo el *carácter* del Renacimiento se acabó de repujar hace dos meses, y que una rodela del siglo xv está caliente aún de los martillazos, y que una moneda rarísima se acuñó al propio tiempo que los

duros del *nene*, y que un macaco de marfil, presentado á título de “Virgen bizantina”, es tan bizantino como mi abuela.

En fin, que dan ganas de cantar:

«Ni la Veracruz es cruz,
ni Santo Domingo es santo,
ni Puerto Rico es tan rico
como lo ponderan tanto.»

Hablando en serio—y para que nadie dude del respeto y la consideración que profeso á los sabios organizadores señores Catalina Garcia y Padre Fidel Fita—diré que sería muy extraordinario que en tan completa y rica Exposición fuesen todos, absolutamente todos los objetos, de indiscutible autenticidad. Sólo podrían serlo si se conociese su historia, desde el primer poseedor hasta el día en que se exhibieron. Es la arqueología ciencia verdadera, sólida, de altísimo valor: pero tiene zonas inmensas de terreno sin explorar, en que todo ha de ser forzosamente conjetura, hipótesis y crítica mordaz y libre. Los sabios más eminentes;